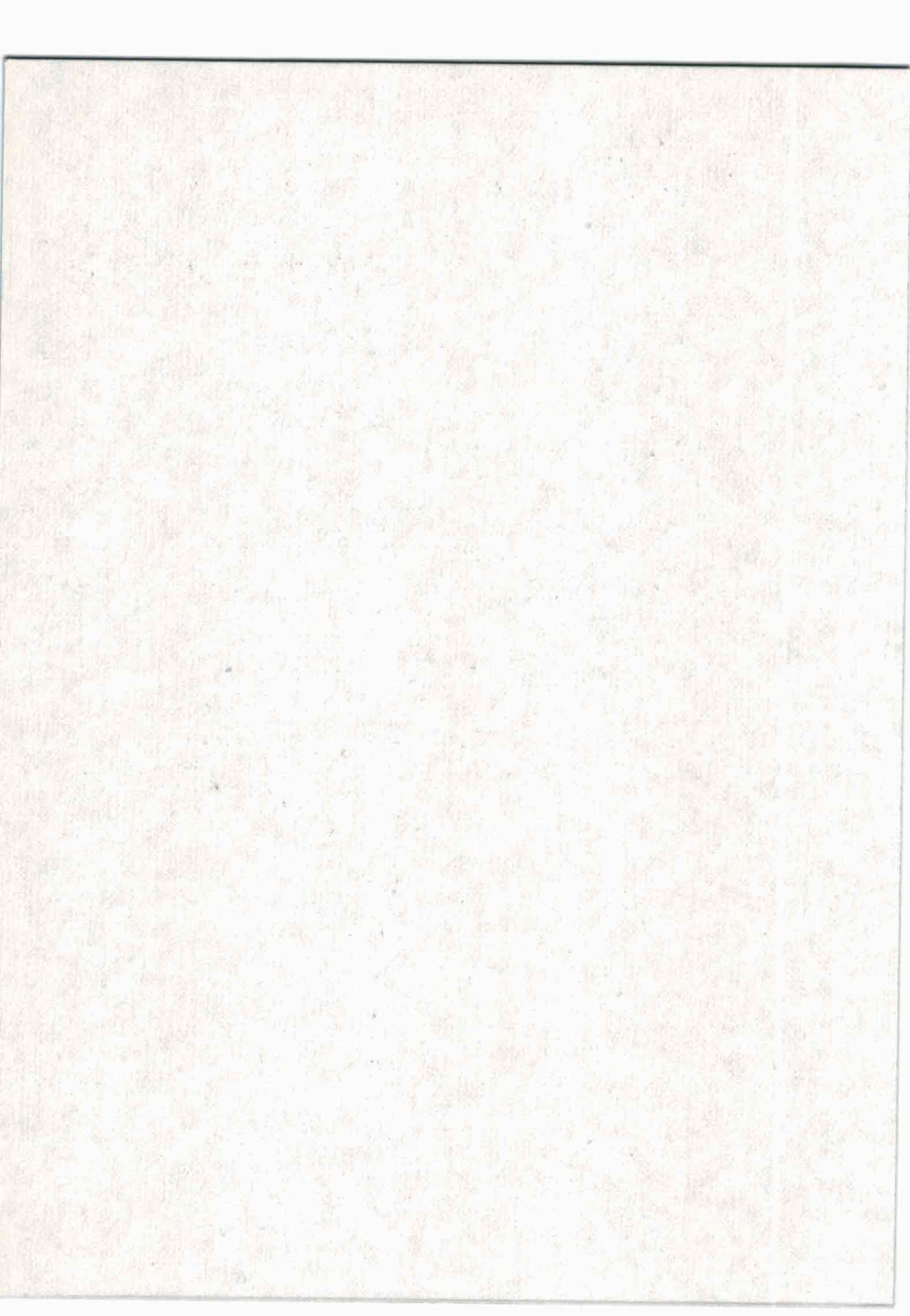


vida de s^{ta} isabel de hungria





SANTA ISABEL DE HUNGRIA

Rafael M.^a López-Melús

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla



¿Qué llevas en la falda?

Isabel es un encanto. Todos acuden a ella y a todos atiende con cariño y amor de verdadera madre. Los que desean alcanzar algo del duque, su esposo, o del rey, su padre, ya saben el camino...

Los pobres que desean acabar con su pobreza ya saben a dónde acudir...

Los enfermos que no encuentran quien los cuide o visite ya saben que ella está siempre dispuesta a atenderles con sumo cuidado dejándolo todo por importante que sea para atenderles con gran amor...

Bien se le puede llamar a esta gran reina como la REINA DE LA CARIDAD o la MADRE DE LOS POBRES... Pocas veces se da en las vidas de los Santos y Santas nadie que haya ejercido este gran carisma de entregarse a los demás con toda su alma, y toda su vida lo hizo esta gran mujer...

Pero como es natural... el demonio no duerme ni descansa y siempre por muy santo que sea una persona no todos están de su parte y no todos admiran sus virtudes. Buen ejemplo tenemos en nuestro mismo Salvador, que mejor que El nadie podía haber... y a pesar de ello la envidia de los hombres lo llevaron a la Cruz...

También Isabel tuvo sus detractores y envidiosos... y cierto día acudieron al Duque Luis, su esposo, para decirle que la Sra. Duquesa, la Princesa Isabel, su esposa, despilfarraba los bienes del ducado... El duque la quería con toda su alma y no se lo podía creer... pero pronto vio aparecer a la joven y bella Isabel con el delantal en el que envolvía algo. Era en lo mas crudo del invierno cuando no se puede ni soñar con las flores; y el duque le pregunta:

—“Duquesa, ¿qué lleváis en el delantal?”

—“Flores, señor”. Lo abrió y en lugar de mendrugos de pan que llevaba para sus pobrecitos... se convirtieron en fragantes flores...



Sangre Real

Hungría en el pasado tuvo el gozo de ser gobernada por reyes y príncipes muy buenos cristiaños. Uno de ellos se llamó Andrés II que casó la princesa Gertrudis, hija de Bertoldo IV. Con ella tuvo a nuestro protagonista la princesa Isabel.

Esta princesita era todo un encanto de criatura. Pronto robó el corazón de todos cuantos tenían acceso al Palacio Real.

Pero algo raro se vio en ella que tanto empezó a llamar la atención a cuantos conocían la vida de la corte y la vida de otras niñas de su tierna edad.

Era sumamente obediente y jamás llevaba la contra ni hacía repetir las órdenes de los mayores... pero en algo se la veía disgustada. Era cuando le obligaban, como respondía a su alta dignidad, a vestir de sedas y brocados de lujo. Ella había visto en más de una ocasión a muchos niños y niñas pobrecitos y su imagen se le había grabado en su tierno corazón.

—“Mamá, ¿por qué a nosotros no nos falta nada y tenemos cosas tan ricas y bellas y a otros niños les falta de todo que nos sobra a nosotros?”

La madre o la nodriza no sabían qué responder.

Un día le dijo a la reina madre:

—“Madre, ¿me concedes un permiso?”

—¿Qué quieres, hija mía?

—Permitidme bajar a los sótanos del Palacio para llevar algo de comida y de ropa para los pobrecitos que allí están sufriendo faltos de todo esto.

—Pero, hija mía, eso ya lo harán los criados. Tu preocúpate de jugar y de disfrutar. No pienses en ellos pues de lo contrario vas a estar muy triste.

—“Mamá, mamá, dame ese gusto. Yo estaré triste si tú no me permites hacer cuanto te digo...”



Esposa a los trece años

Siguiendo la costumbre de la época y por razones muchas veces de política y de intereses humanos a los hijos de los reyes los comprometían a los tres o cuatro añitos. Así sucedió con nuestra Isabel. Tenía tan sólo cuatro cuando ya fue prometida en matrimonio a Luis, el hijo del margrave de Turingia (Alemania) Hermán I.

Cuando cumplió 13 añitos fue llevada al palacio Ducal de su futuro esposo. Luis tenía siete años más que ella.

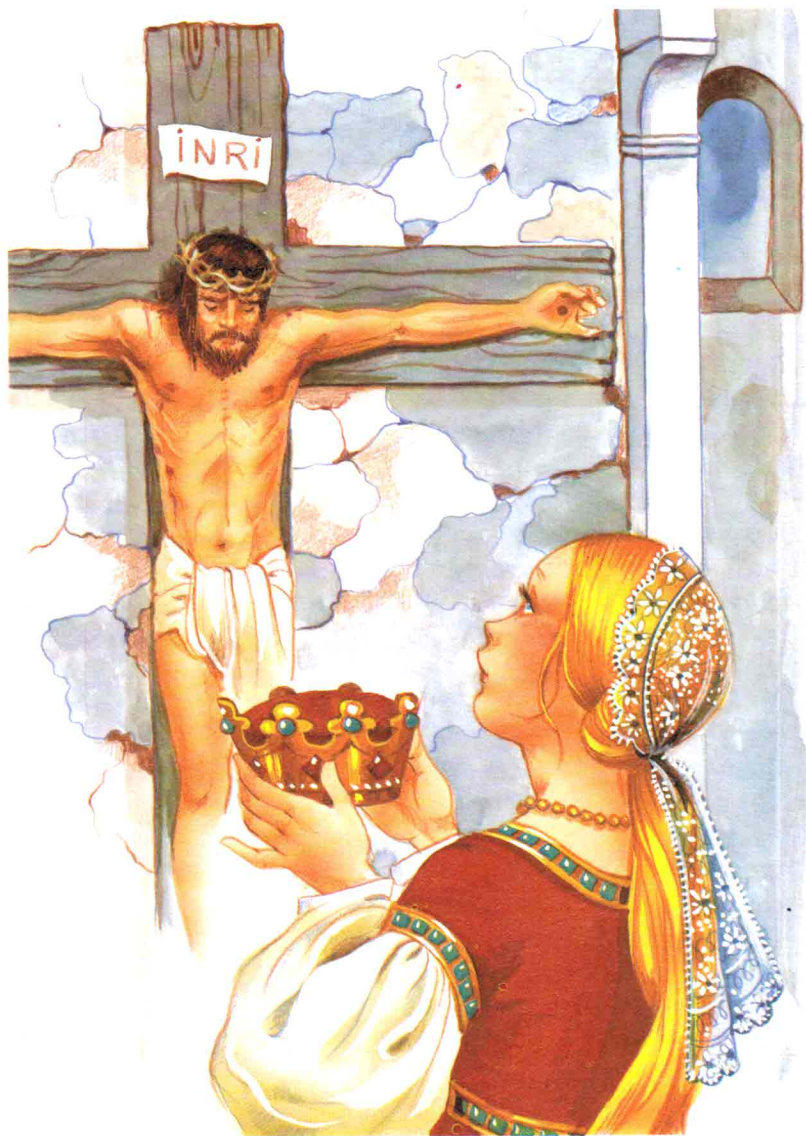
Los enviados de Hermán I llegaron al palacio del rey de Hungría para llevarse a la princesa Isabel... Llevaban algunos presentes para ofrecerlos al rey... Este que superaba enormemente en riquezas al margrave de Turingia les dijo a los enviados del duque:

—“Saludad a vuestro Señor y decidle que le envíe juntamente con mi hija estos pequeños y pobres presentes...” Y empezó a enumerarlos, con que aquí lo hacemos porque era una lista enorme y rica...

Al llegar al palacio de Turingia y encontrarse con aquella enorme caravana de riquísimos presentes todos quedaron admirados de tanta riqueza. Pero había algo mucho más rico que todo esto: Era la belleza, la jovialidad, el pudor, la fina educación de la princesita Isabel, que a sus trece añitos era todo un encanto de criatura. Parecía como si la Divina Providencia se hubiera volcado generosamente sobre ella adornándola con toda clase de bellezas naturales y espirituales...

Luis no cabía dentro de sí. Desde el primer momento la amó con toda su alma. Amor que no decreció nunca en su corazón a pesar de que su madre quiso interponerse en más de una ocasión.

La boda principesca fue una maravilla.



Las dos coronas

El duque Hermán I era muy cristiano y veía con buenos ojos la vida de piedad y caridad cristiana que llevaba su hija, política, la princesa Isabel. No así Sofía, su esposa, que empezó a ver con malos ojos cuanto ella hacía.

Pronto murió el duque y Sofía empezó con sus patrañas persecutorias. Quizá era por celos y por envidia al ver que todos iban tras la Duquesa y que incluso el afecto de su hijo Luis había menguado hacia ella porque sólo estaba pendiente de su esposa Isabel...

Un día le dice la suegra:

—“Isabel, ponte las mejores galas y la corona ducal que vamos a la Iglesia”.

Al llegar allá vio el Crucificado coronado de espinas. Dejó su corona en el banco y le dijo:

“¿Cómo, Señor? ¿Tú, coronado de espinas y yo coronada de perlas?. Esto no sucederá más...”

Pronto algunas criadas fueron a dar parte a la Duquesa madre y ésta le respondió:

—“¿Qué hace, princesa Isabel? ¿Quiere hacer el ridículo ante todo el pueblo? Póngase esa corona como le corresponde por ser la esposa de mi hijo Luis”.

—Señora: Usted sabe que siempre la obedezco en cuanto me ordena pero en esto no puedo hacerlo porque si mi Dios va coronado de espinas y de dolor ¿cómo quiere usted que yo me corone de perlas y de oro?”...

Era lógico que tanto la duquesa Sofía como los demás cortesanos no comprendían la vida de oración, de caridad y de mortificación que llevaba la princesa Isabel. A ella ya no le interesaba nada más que tres cosas. Quería tener contento al Señor a quien se había consagrado; a su esposo Luis a quien amaba más que así misma, y a sus pobrecitos, enfermos y necesitados a los que se había entregado en cuerpo y alma...



A mi me lo hicisteis

La princesa Isabel había recibido una profunda formación cristiana en su palacio de Hungría. Educación que había continuado en el de Turingia, y, sobre todo, lo que más valía, había recibido del cielo un natural maravilloso que parecía solo había nacido para ayudar a los demás y para entregarse al servicio y caridad...

Ella sabía muy bien en el capítulo 25 de San Mateo cuenta el juicio final y lo que Jesús dirá a cuantos ejercieron la caridad:

—“Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre, sed, estaba desnudo, en la cárcel... y me ayudasteis”...

—“¿Cuándo, Señor, te lo hicimos?”

Cuando lo hicisteis a uno de estos pobrecitos en mi nombre a mi me lo hicisteis”...

Isabel desde muy pequeña se entregó a los pobres y enfermos como si lo hiciera al mismo Jesucristo...

En la vida de nuestra protagonista cuentan los cronistas que en cierta ocasión se realizó este gran prodigio que tanto nos puede aleccionar a todos:

En cierta ocasión marchó el duque Luis a una larga excursión y, mientras, Isabel se dedicaba a sus apostolados con toda clase de necesitados... Cuando ya no había más locales ni camas en palacio para tanto pobre no dudó en colocar a un pobrecito en su mismo lecho nupcial.

Llegó de improviso el duque y corrió su madre Sofía a darle la noticia de que tenía escondido a un hombre allí. El duque entró violento a la alcoba y al destapar las mantas y la sábanas encontró que aquel pobrecito era el mismo Jesucristo...

Desde aquel día Luis, su esposo, ya no hizo caso de las habladurías ni celos de su madre...



“Los graneros quedarán vacíos”

Todos recordamos el milagro de Jesús al multiplicar los peces y los panes... y dar de comer a tantos hambrientos que le seguían... El poder hacer ese mismo milagro, o parecidos, ha concedido al Señor algunos de sus siervos los santos.

Algo semejante concedió el Señor a nuestra santa Isabel de Hungría.

De niña y de jovencita en Hungría y de prometida y casada ya en Turingia siempre fue la virtud de la caridad la predilecta de su alma y en la que descolló de modo verdaderamente admirable.

Pero como también hay un pecado o vicio que se llama envidia pues era natural que no todos los cortesanos ni si quiera todos los familiares del duque vieran como buenos ojos la demasiado prodigalidad de Isabel. Pronto llegaron los acusadores:

—“Señor duque, bien sabemos que usted ama mucho a su esposa y que es muy buena persona pero... ¿no le parece que su caridad ya es demasiada? Van a quedar vacías las reservas del ducado.”

—No os preocupéis. La Sra. duquesa no toca ni un sólo céntimo ni un pequeñísimo objeto que sea propiedad de los demás o del Ducado. Cuanto ella entrega a los pobres puede hacerlo libremente porque pertenece a su legítima propiedad”

Otro día era la misma duquesa madre Sofía la que acudía a su hijo Luis con alguna de sus quejas:

—“Hijo mío, te fías demasiado de ella. Esto, desde que murió tu padre marcha mal. Ella hace y deshace y a este paso va a ir a pique el Ducado que heredaste”...

—Señora madre, no se preocupe. Mire, las rentas han aumentado. Todo nos va mejor que antes. Tenemos mayor autoridad. Todo se lo debemos a este ángel de criatura que es mi idolatrada esposa...”

La madre no podía con la bondad y el gran amor de su hijo.



Un matrimonio ideal

Cuántos matrimonios de hoy debieran de tratar de mirarse en estos dos ejemplares esposos... Hoy que tantos se divorcian o no se aman... Luis e Isabel fueron dos enamoradísimos esposos que el Señor los bendijo con tres hijos a pesar de que quedó viuda la duquesa a los veinte años.

Parecía que uno había nacido para el otro. No podían vivir separados.

Siempre que podía Isabel acompañaba a todos los lados a su esposo: A las cacerías, a los juegos, a las excursiones... a todas partes. Si alguna vez porque el viaje era demasiado largo y pesado ella debía quedarse en palacio, era como si se cayese la casa sobre ella. Se vestía de negro, se quitaba las alhajas, se cubría el cuerpo de cilicios y se entregaba al cuidado de todos los pobres y necesitados. La oración era su refugio y ocupación cuando no estaba entregada a la caridad...

Pero cuando su esposo volvía todo cambiaba. Había dado la orden a uno de sus vasallos que, siempre, a la vuelta, se adelantara unos kilómetros para darle la noticia.

Al enterarse del regreso cambiaba de vestido, se ponía los más bellos y vistosos, se adornaba con alhajas y llenaba de alegría como una niña, corría a su encuentro y se fusionaba en un estrechísimo abrazo. Aquella era una estampa maravillosa... Todos quedaban admirados de aquel gran amor que ambos se profesaban...

Luis no amaba menos a su esposa... No permitía ni siquiera a su misma madre que le hablase algo menos agradable de ella. Sabía muy bien que era transparente, pura como un ángel, virtuosa, piadosa, caritativa, delicada... ¿A quién la podría comparar?

Cuando estaba lejos de palacio a todos hablaba de su esposa. De las cualidades que la adornaban. De que no podría sufrir que ella muriese antes que él...



Más que una montaña de oro...

El matrimonio es un sacramento y a él le llama San Pablo “Grande”. Muchos cristianos se han santificado por su medio. Es lógico que formar un hogar sea el medio más normal de santidad en el camino hacia Dios...

Pero es una pena que para muchos hombres y mujeres el matrimonio no sea medio de santificación y que hoy haya tantos hombres y mujeres que lo viven mal...

—¿Cuál es el motivo?

—Que no se aman. Que no les une el amor de Jesucristo.

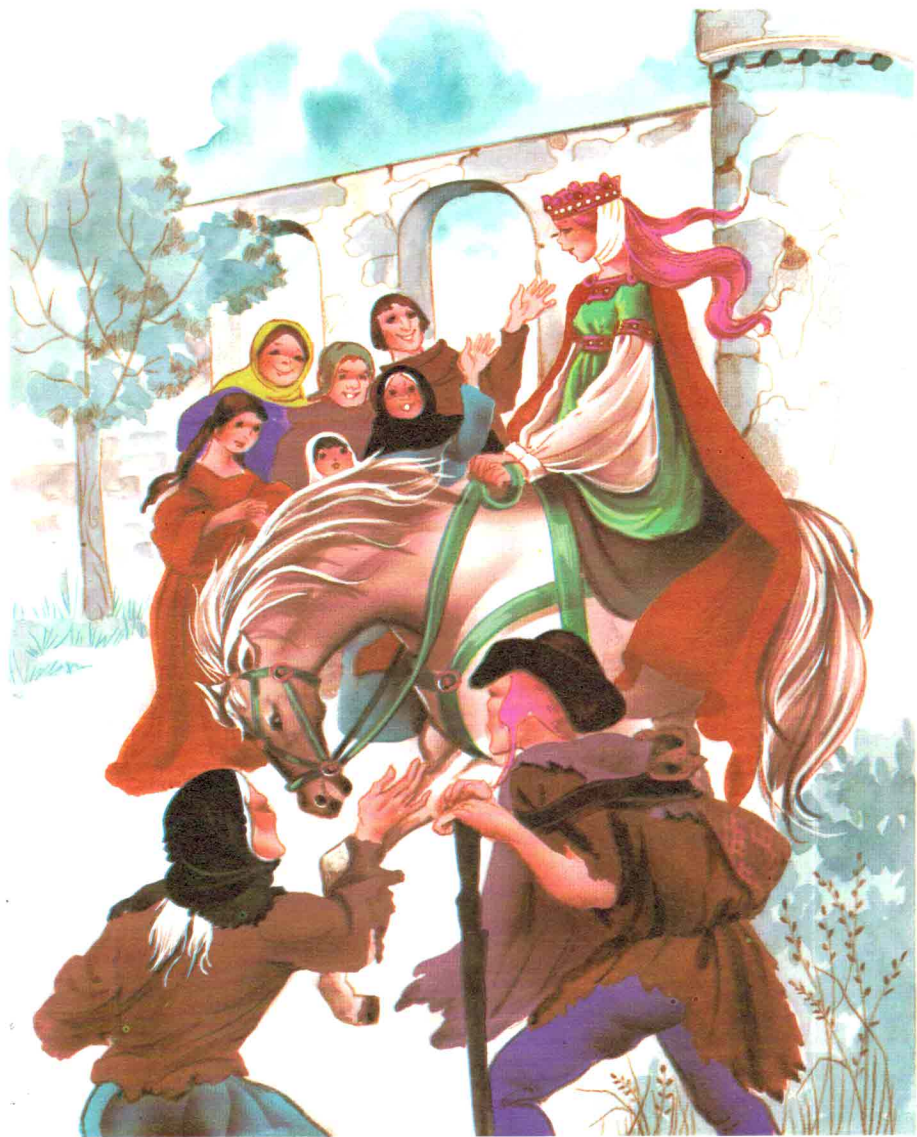
A Isabel y Luis les unía este amor y se amaban intensamente. Difícilmente se encontrarán dos esposos que se hayan querido más y que estuvieran más pendientes el uno del otro que Isabel de Luis y Luis de Isabel...

En cierta ocasión, cuando estaban de caza, uno de los caballeros que acompañaban al duque —Isabel se había quedado en palacio— y que era uno de los más fieles servidores de la duquesa pues se lo había traído desde Hungría, se atrevió a preguntarle al duque:

—“Señor duque, perdone mi atrevimiento, pero ¿verdaderamente usted está tan profundamente enamorado de la princesa mi señora como lo aparenta?

—Mira, caballero: ¿veis esa montaña? —dijo señalando una muy gigantesca que tenían enfrente. Pues aunque fuere oro fino desde el pie hasta la cima no la cambiaría por mi esposa. No hay dinero en el mundo con el que se le pueda cambiar. Lo que más me atrae de ella es su virtud, su piedad, su bondad, su alma llena de caridad para con los necesitados...”

Muchos príncipes y nobles caballeros lo mismo que gente muy sencilla se miraban en este matrimonio modelo de amor y de fidelidad... También hoy siguen siendo modelo para los matrimonios de todas las edades y lugares del mundo.



“¡Madre, Madre!”

La vida de Isabel era muy parecida a la de una religiosa de nuestros días. Vida de oración y de servicio a los demás era la ocupación que le llenaba casi las veinticuatro horas ya que para comer y para descansar apenas encontraba tiempo. Pero esto no le hacía olvidarse de su esposo al que atendía y cuidaba cuanto le era posible.

Ella era tan caritativa que a veces se celebraba una fiesta de sociedad y no podía asistir a ella por que había regalado o su vestido de fiesta, o su anillo o su corona a los pobres...

Cuando iba por la calle con su esposo o con otras personas y la veían los pobres, gritaban con cariño:

—“¡Madre, madre!...”

Y la duquesa Isabel les entregaba cuanto llevaba en el bolso. Si no llevaba nada les daba alguna prenda de lo que vestía. En cierta ocasión un pobre le alargó la mano suplicante. Tenía aspecto de ser muy pobre. Ella le entregó su mismo guante en el que llevaba una hermosa amatista... que después un gentilhombre, a que le fue a parar, la llevaba siempre consigo, porque decía:

—“Esta alhaja de la santa duquesa me trae buena suerte y desde que llevo conmigo todo me ha ido de maravilla y no he tenido ninguna desgracia...”

Cierto día estaban los dos esposos charlando en la intimidad cuando Isabel le dijo a su esposo Luis:

—“Amado hermano, quisiera revelarte un sueño que he tenido. Quizá te parezca un poco tonto.

—Dí, querida hermana. Nada tuyo me es indiferente para mí.

—Me gustaría que solamente tuviéramos un pequeño campo con un ganado de ovejas. Tú y yo las cuidaríamos, nos entregaríamos a la oración y seríamos muy felices...”



Carga con la Cruz

Lo ha dicho Jesús:

—“Quien quiera ser discípulo mío, que cargue con su cruz y me siga...”

Todos los Santos han caminado por este sendero de la Cruz de Jesucristo... Isabel también.

El duque Luis tuvo que oír la voz de Federico II que convocaba a todos los príncipes cristianos para la Cruzada por el nombre de Cristo... Isabel no podía sufrir la separación de su esposo a quien amaba más que así misma pero hubo de ceder ante aquella llamada para tan sagrado fin...

Pasado algún tiempo un día se le acercó la duquesa Madre, Sofía, y le dijo:

—“Ten ánimo hija mía, vengo a anunciarte una desgracia”. Y lo decía sin inmutarse. Por ello Isabel creyó que habría quedado herido o estaría prisionero. Y por ello se apresuró a decir:

—“Si mi hermano está cautivo, con la ayuda de Dios y la de nuestros buenos amigos, le rescataremos”.

—“Oh mi querida duquesa; no, no, tu marido te envía este anillo porque está muerto”.

¡Oh Señor!, todo el mundo ha muerto ya para mí y con el mundo todo lo que hay en él pues ha muerto el mayor amor de mi vida...” Y lloró amargamente...

Cambiaron las cosas para ella y sus tres hijos pues su cuñado Hermán quiso apoderarse del Ducado y de cuanto ella tenía, y de hecho, ayudado por su madre así lo hizo...

Empezó el calvario para Isabel. Marchó a otras ciudades y todos le daban la espalda... Iba así recorriendo las diversas estaciones igual que antes lo hiciera el Maestro Jesús...



“La Loca”

La vida que llevaba, y por otra parte había llevado siempre Isabel era una continua acusación contra aquellos despilfarros y aquella vida silenciosa de la corte...

Mientras vivió el Duque Luis en palacio había vida de familia, de austeridad y vida cristiana. El era el amparo de Isabel y ella podía libremente entregarse a sus apostolados entre los pobres...

Con su gloriosa muerte y ella viuda a los veinte años con sus tres hijos pequeños a su custodia... poco podía hacer.

Tanto la madre como los otros hermanos del difunto Duque declararon guerra contra Isabel. Ella no podía sufrir aquel género de vida silenciosa que se limitaban a banquetes, bailes y fiestas mundanas... Isabel hacía por no participar en ninguna de ellas y cuando alguien buscaba o preguntaba por ella era fácil oír:

—“Esa está loca”. —“Ah, usted pregunta por la loca”...

Viendo que aquello no tenía arreglo se retiró a la ciudad de Marburgo, y allí, a las afueras de la mismas se hizo construir una especie de cueva y desde aquel humilde lugar salía a recorrer las calles y las plazas de la ciudad curando enfermos, consolando a los abandonados y entregándoles cuanto tenía o le daban para ella.

El mismo Papa Gregorio IV tomó parte en el asunto e intentó defender sus derechos sobre el ducado. Después le nombró como confesor al célebre Conrado de Marburgo quien la dirigió con una dureza que hoy causa gran admiración.

Isabel se sometió a cuantas pruebas sobrevinieron de parte de sus familiares como venidas de Dios. Así iba madurando a pasos agigantados aquella alma hasta que le llegó la hora de la “Llamada del Señor”.

Prodigios en su partida

Bien había servido al señor la niña, la joven, la novia, la esposa, la madre y la viuda Isabel. Para todos estos estados puede ser un buen MODELO...

Se entregó a los apestados... a todos los pobres...

Vistió hábito de la Orden Tercera de San Francisco de Asís que aquellos días estaba naciendo en la Iglesia. Dejó bien instalados a sus tres hijos y para ella ya no había nada que añadir en este mundo. Su misión ya había concluido.

No podía vivir separada por más tiempo de aquel a quien amó tanto durante los años de felicísimo matrimonio.

No quiso volver al lado de su padre el rey de Hungría que trató en varias ocasiones de llevársela con él.

Sabía que la llamada definitiva del Señor estaba cerca. Tenía 24 años de edad y los había consumido con generosa entrega...

En los momentos de su muerte todos los asistentes notaron la presencia de ángeles y de la misma Virgen María que dialogaban con ella. Tuvo también lucha titánica contra los demonios que intentaban el último ataque a aquella alma contra la cual nada habían podido conseguir durante su vida...

En un momento de emoción, con voz fuerte y con el rostro radiante, dijo:

—“Miradla, miradla. Es la Virgen María, mi Madre. Ella viene por mí. Y con ella Jesús mi esposo. Viene a buscar a su esposa... Silencio. Callad. Callad...”

Y expiró plácidamente. Su entierro fue una apoteosis. El Papa la canonizó cuatro años después cuando aún vivía su mismo padre el rey Andres II de Hungría.

